



# Sebastopol

POR CAROLINA DÍAZ FOTOGRAFÍA: NANCY COSTE

Dubó y Jorge Díaz. El maquillaje estuvo a cargo de Leonor La Rivera. Los peinados son de Rafael Recabarren.

Los actores se trasladaron hasta las ruinas de la oficina de Sebastopol y acamparon ahí para que el desierto les entrara por la piel, no sólo por las imágenes que el director Ramón Griffero, autor de la obra que se estrena este mes en el teatro Carlos Cariola, les transmitía. Raúl Miranda, el diseñador del vestuario, encontró chaquetas y pantalones de principios de siglo a medio enterrar y decidió que cada actor llevaría en su traje un botón auténtico. "Es el toque de realidad", afirma.

Lo cierto es que la realidad es el sostén de una obra que quiere ser un homenaje a los primeros años del siglo desde la puerta de salida de la centuria. "Las salitreras son los ataúdes de la historia chilena. Están olvidadas, no figuran en los mapas. Es una gran etapa en la formación de nuestra identidad, pero siempre la relegamos y nos ocupamos de la historia de la zona central", enmarca Griffero, cuya obra anterior *-Río abajo-* se mantuvo dos años seguidos en cartelera.

Sebastopol convoca a ingleses explotadores -¿cómo evitarlo?- y a obreros acalorados en un desierto sofocante y claustrofóbico. A lo largo de cuarenta escenas -la habitual fragmentación vertiginosa de Griffero- *Sebastopol* pasa de ser un imperio empapelado con gobelinos franceses que se retapizan anualmente, a ser un hoyo. Ingleses y obreros sobrevivieron de mala manera a los primeros gritos revolucionarios, pero se desintegraron con el invento del salitre artificial y la desaparición del original en los mercados internacionales. "Todas las oficinas quedaron vacías de la noche a la mañana. Y no es un decir. El gigantesco paso hacia la industrialización de principios de siglo quedó botado. Los trenes, con los sacos de salitre todavía cargados, son tenebrosos", ambienta Griffero.

La escenografía de la obra es de fierro para evocar esa industrialización. Lo más difícil fue meter el desierto en el escenario del Cariola, pese a ser el segundo teatro más grande de Santiago, después del Municipal. Lo consiguieron con un sinfín inquietante y un curioso aparato que echa aire: el viento seco de las tardes del norte.

Griffero contó con la codiciada beca de la Fundación Andes para investigar y escribir *Sebastopol* durante el año pasado. La primera vez que hizo concursar el proyecto perdió, pero Griffero es insistente. Miranda, el diseñador del vestuario, estrujó el millón de pesos que recibió para vestir a los actores. "Los ingleses se llevan el grueso del vestuario. Para ellos usé tafetanes, rasos y telas con brillo, porque eran los materiales que se empleaban en esa época", recalca. Los obreros tienen ropa de trabajo fabricada en telas crudas, algodones naturales. La mano de oro que cortó los diseños de Miranda es un escrupuloso sastre fino de La Florida. ❧

La nueva obra de Ramón Griffero no transcurre ni en la remota ciudad ucraniana ni en la céntrica estación del metro de París. El paisaje es el de una oficina salitrera perdida en el desierto de Atacama a principios de siglo, de cuya existencia el director supo por mapas militares de extrema precisión.

